



inmensa variedad de la humanidad. Viaja en autobuses y trenes destartados y se aloja siempre en hoteles situados en el centro más bullicioso de la ciudad, sin importarle si las cucarachas corren alegremente por entre las patas de la cama. Su objetivo es buscar la verdad y preguntar por ella a quien mejor cuenta le pueda dar.

Pragmático

Los capítulos dedicados a Turquía, el Líbano y Siria son de una sagacidad premonitoria. En Beirut, cuando pregunta sobre si el régimen de los Al Assad tiene futuro (estamos en 1998 y Hafez, padre de Bashar, aún tiene el mando), Elias Khoury, escritor, columnista de *An-Nahar*, responde: «Espero que no. No obstante, por desgracia un régimen así podría tenerlo. Estos regímenes han conseguido destruir no solo sus sociedades, sino también toda alternativa. Como no hay posibilidad de que sobreviva una alternativa, tal vez hay que elegir entre control total y caos total».

No menos estremecedor es su visita a la localidad jordana de Zarqa, cuyo deprimente recuerdo le persigue incluso en Turkmenistán: «Me acordé de Zarqa, la caótica aglomeración urbana -con sus hordas de adolescentes en paro típi-

LECCIONES DE TERROR
Arriba, un momento del entrenamiento en el campo de la ciudad jordana de Zarqa, donde se formó Abu Musab al Zarqawi, el salvaje yihadista que creó la banda que se convertiría en el Daesh. Bajo estas líneas, Robert D. Kaplan



cas de la población de Jordania-, donde es posible que esté escrito el futuro de Oriente Próximo». La reflexión pone los pelos de punta porque en Zarqa se crió y formó Abu Musab al Zarqawi, el salvaje yihadista que creó la banda de asesinos que con el tiempo se transformaría en Daesh.

Kaplan es un servidor del imperio de la vieja escuela, de los que ya estamos echando de menos, un pragmático inso-

bornable, sin idealismos metafísicos ni visiones de destino manifiesto. Cree que la democracia no es posible donde no existe una clase media que la sostenga y que, por el bien del Estado en cuestión o de la estabilidad internacional, más vale no aventurarse en experimentos inciertos ni en confundir la labor de un diplomático con la de un misionero.

Y descreído de los mapas posteriores a 1989, descubre dos fronteras esenciales en su viaje: la de los Cárpatos, que dividía el viejo imperio austrohúngaro del otomano, y la del Cáucaso, que fue frontera en disputa de turcos, rusos y persas. Los territorios de lo que fue Austrohungria son asimilables sin riesgos para el imperio. Y a medida que el viaje se desplaza hacia Oriente, la apuesta sube hasta llegar a hacerse muy poco recomendable.

Odios étnicos

En Rumanía y Bulgaria el gangsterismo se ha asociado a intereses empresariales. Y en el Cáucaso bullen los odios nacionalistas y étnicos que impiden la creación de unos partidos políticos homologables a los de Occidente. Más allá, hay que ser realistas y asumir que nuestros valores son demasiado exóticos. Parece que los viejos patrones del imperio tomaron nota de su lección, pero decidieron elevar la apuesta y correr más riesgo del que la prudencia aconsejaba.

En su periplo, sin embargo, falta una indagación fundamental: la de Rusia, que se percibe solo como un abismo de sombra y tierra de insondables tinieblas, como el reino de Mordor, que, por otro lado, ofrece a Occidente una perfecta coartada moral y política para seguir en el viejo juego de Kipling y decidir si merece la pena asumir riesgos en esta o aquella parte del bajo vientre de un imperio agónico. Una lástima que Kaplan no se adentre por el territorio del viejo enemigo y descubra no solo una parte de la verdad que debe conocerse, sino también la infinita diversidad del género humano que allí también habita.

Rumbo a Tartaria Robert D. Kaplan



Ensayo
Trad. de Ramón Ibero Iglesias
Malpaso,
2017
480 páginas
24 euros

La novela retornada

En «El hijo cambiado», Joy Williams se adelantó a su tiempo. Hoy espanta o fascina, pero no deja indiferente

RODRIGO FRESÁN

Había una vez una joven narradora de leyendas que había debutado en la novela por todo lo alto y que, cuando publicó la segunda, fue destrozada por un guardabosques feroz y pasó varios años hechizada por el maleficio. Era Joy Williams (Massachusetts, 1944), finalista del National Book Award con su estreno en *Estado de gracia* (1974) y que, en el segundo acto, fue lapidada por el entonces decisivo crítico literario Anatole Broyard desde *The New York Times* por haber tenido la osadía de publicar algo tan diferente e inesperado e «idiomáticamente *avant-garde*» como *El hijo cambiado* (1978). Williams se encontró de golpe confundida. Lo evocó ella misma en la entrevista que concedió a *The Paris Review* en 2014. Broyard murió en 1990; *El hijo cambiado* fue descatalogada (y no reeditada sino hasta el 2008 por una pequeña editorial acompañada por un redentor prólogo de Rick Moody).

Para leerla había que pagar precios desorbitados en librerías de viejo. Y Joy Williams, a su manera, fue convirtiéndose en una escritora de escritores. Un espécimen atípico que practicaba una inmaculada y turbulenta versión de realismo sucio que parecía el producto de Carver yéndose de copas con David Lynch o de una providencial caída de Carson McCullers en una marmita hasta los bordes de LSD mientras afuera latían las ciénagas de Florida pintadas como si se trataran de las más baldías tierras de Oz.

En el 2000 -con la alucinada y alucinante novela entrópica *Los vivos y los muertos*, candidata al Pulitzer-, se cerró el círculo y se confirmó lo que era evidente: *El hijo cambiado* se había adelantado a su tiempo. Ahora, el radiactivo magisterio de Williams se percibe sin dificultad en neo-raras como Claire Vaye Watkins y Otessa Moshfegh o la Emma Cline de *Las chicas*. Y la buena nueva es

que habrá más Joy y más Williams entre nosotros (Seix Barral publicará su definitiva antología de cuentos *The Visiting Privilege* así como los divinos micro-relatos/sermones *Ninety-Nine Stories of God*) y dejará sin argumentos a quienes aún no hablan de esta mujer con la misma pasión que dedican a la tanto más cómoda Alice Munro. Mientras tanto y hasta entonces, a saber: *El hijo cambiado* se apoya en el motivo clásico de cuento de hadas (o mejor de brujas) del vástago humano suplantado por un pequeño angelical demonio para pavor de sus progenitores.

Huevos de cocodrilo

Aquí la madre es la joven alcohólica Pearl habitando una extraña isla poblada solo por niños salvajes que a algunos le recordará las postales climático-apocalípticas de J. G. Ballard o las variaciones *folk-freak* de Angela Carter. Después de unos años en esas orillas extrañas, Pearl y su hijo Sam y su pareja Walter vuelan a la no más firme tierra y el avión cae y ella y el pequeño sobreviven pero, para Pearl, Sam ya no es quien alguna vez fue aunque tampoco tenga la menor idea de quién es ella. Leída ahora, *El hijo cambiado* -tan arquetípica como personal-

es el tipo de arriesgado y valiente gesto de quien no se resignó a dormirse en sus laureles y que con sus espinas espantará o fascinará (pero no dejará indiferente). «El movimiento tectónico de sus párrafos ya no resulta repulsivo, si es que acaso lo fue», advierte Moody en su alegato y agradecimiento por una justicia que -lenta pero nunca tardía- siempre llega. Esa justicia se hace luego de que el mundo real cambie para, por fin, ponerse a la par y altura de ciertas ficciones auténticas ayudando a leer y a vivir felices y comer no perdices sino huevos de cocodrilo.

El hijo cambiado Joy Williams



Narrativa
Trad. de D. Paradel
Alpha Decay,
2017
288 páginas
24,90 euros